

CREER PARA VER

Relato de terror de Isabela Pérez Andrade.

A veces sentía que me estaba volviendo paranoica... porque siempre escuchaba pasos detrás de mí incluso cuando no había nadie cerca.

Las calles se veían desoladas, se sentían vacías, se notaba que la noche estaba presente, el viento soplaba fuerte haciendo que los árboles de mi alrededor se movieran sin control.

Se van a ir volando, verás. Pensé mientras me aferraba al suelo por el que caminaba intentando no salir volando yo misma.

Me llevé una mano a la nuca rascándome ligeramente, no me gustaba estar sola de noche y menos cuando no hay nadie.

Sin pensar en los pasos detrás mío, claro.

Caminé más rápido aún sintiendo que hacía lo mismo.

¿Cómo de cerca estará? No me lo quiero imaginar, me da pavor si me giro y lo veo a centímetros de mí.

Sea lo que sea o sea quién sea.

Me faltaba una cuadra para llegar a mi casa, la veo a lo lejos, pero siento que me falta una eternidad. Las luces de las farolas iluminaban lo poco que podían en comparación de la luna creciente. Mi pecho no paraba de latir más y más. Aceleré el ritmo mirando de reojo hacia atrás.

Nadie.

No había absolutamente nadie.

Pero no me sentía así.

No creía que salir del trabajo se sintiera como si estuviera luchando por sobrevivir mentalmente.

Porque sé que no es real, sino mental. La brisa fría me cubrió todo el cuerpo, dándome un escalofrío que lo intensificó aún más.

¿Pero y si lo es? Estás loca.

Se me erizó la piel, quedando en pánico, mi respiración se volvió irregular.

Yo... yo no dije eso.

Me giré a ver quién habló. La calle oscura detrás mía me abrazó al igual que hace segundos. No había nadie. Seguí con mi caminata pero ahora mucho más rápido que antes. Visualicé mi casa a unos metros por lo que me apresuré a llegar. Tengo que dejar de imaginar cosas. Abracé mi cuerpo al sentir la brisa helada recorrer todo mi ser.

Saqué las llaves de mi bolso con mis dedos temblorosos al estar a unos pasos de la puerta de madera. La luz del umbral parpadeaba cada segundo. Le dije a papá de cambiarla, pero no se habrá acordado.

Dos pasos más, meter la llave y entrar. *Fácil, ¿no?*

Me paré enfrente de la puerta y metí una de las llaves sin éxito para que encajasen.

Joder.

Un paso fuerte se escuchó a unos pasos de mí.

Cambié de llave metiéndola.

Otro paso se escuchó, pero esta vez detrás mía. Mi respiración se cortó y mi cuello se erizó. Un soplido en mi nuca hizo que cogiese más fuerte el bolso.

Vamos...

Sin pensarlo más la abrí y entré más rápido que un rayo. Me dejé caer al suelo al cerrar la puerta tras de mí. No sé cuántas bocanadas de aire cogí, pero sentía que me quedaba sin respiración cada que lo hago.

Pisadas fuertes bajaban desde arriba de la escalera.

Mi corazón latía más y más, se me iba a salir del pecho. Ya no me sentía aliviada de estar en casa. La calidez de mi mano en mi pecho me fundía tanto que por un momento sentí como me atravesaba el pecho hasta llegar al corazón, mi respiración no ayuda, no lo puedo controlar, ya me quedé sin aire por el cual respirar y mis ojos no se podían abrir más.

Estaba cerca y no podía hacer nada, no podía moverme, no...

Una luz se iluminó dejándome cegada por unos segundos.

¿Diosito, eres tú?

—Cariño, ¿qué haces en el suelo? —La voz ronca y fuerte de mi padre resonó en mis oídos, lo que hizo que reaccionaré de inmediato. Me levanté temblorosa con la poca fuerza que me quedaba.

—Ya llegué, me voy a dormir. —musité sin quitar la mano de mi pecho y caminé unos pasos hacia la barandilla, el tembleque en mí se notó más al ver cómo casi me como el primer escalón.

—Blair, ya te dije que no bebieras después del trabajo.

“Mhmm” Musité subiendo las escaleras mientras él subía detrás, que piense que bebí era mejor a que pensase que estoy loca.

Estando los dos en la cima me acerqué y le abracé fuerte antes de que entrase en su cuarto y apagase la luz del pasillo.

—Descansa. —Me aferré unos segundos más en sus brazos.

—Cuídate, hija. —Lo sentí como si me advirtiera.

Me alejé despacio para dejarle ir a su habitación, al verle entrar por la primera puerta del pasillo, haciendo que la única luz visible se fuera, saqué el móvil encendiendo la linterna. Caminé rápido hasta llegar a la última puerta, entré al cuarto y lo primero que hice fue encender todas las luces posibles y cerrar la cortina.

Ya no me molestará más.

Me quité la gabardina, tirándola a la silla de mi izquierda y me tumbé en la cama. Mi mirada estaba en el techo, empecé a contar las estrellitas pegadas para distraerme, como de costumbre.

Mis ojos se volvieron más pesados con el paso del conteo. La cama estaba más cómoda que antes.

Tengo todas las luces encendidas, estoy a salvo.

No.

Suspiré por última vez antes de quedarme dormida.

La camiseta de seda le quedaba suelta, se la acomodó acorde al pantalón de la misma textura, sólo que era más ancho, por lo que debía de alzar un pelín la tela para no caerse sobre sí misma. Pero le dio igual, su cara somnolienta la delataba. No había dormido nada.

Los toques insistentes de la puerta hicieron que bajase más rápido las escaleras casi tropezando por el pantalón. La luz mañanera iluminaba gran parte de la casa por los ventanales sin cortina.

Raro, siempre había alguna puesta quitando luz.

—¡Ya voy! Insistente... —Llegó a la puerta, quitó los pestillos y abrió.

—No me hagas esperar, mamá se va a enfadar si se entera de que no dormí en casa. —el pelinegro dijo hastiado de esperar un buen rato en el porche, miró fijamente a su melliza que no decía nada. Él esbozó una sonrisa amistosa, sin éxito debido a la mueca que hizo ella.

—Sonríes de pena.

—Pues déjame entrar.

—¿Contraseña? —sonrió la pelinegra jugando.

—No estoy para tonterías, déjame pasar. —Su voz suave cambió a una más fuerte y autoritaria.

—Relaja. —Lo miró mal por unos segundos, el semblante del chico cambió, mostrando una sonrisa incómoda, se notaban los leves movimientos de las manos detrás de él. Pasaron varios segundos sintiendo su mirada penetrante, hacía que su hermana se sintiera incómoda.

—¿Me dejas pasar?

Rodó los ojos imitando lo que dijo mientras se echaba a un lado para dejarle pasar.

—Entra.

Un grito agudo y desgarrador me despertó. La oscuridad me abrazó por completo.

—No...

Tanteé la cama en busca de mi teléfono hasta que ví una luz fugaz a unos centímetros de mí. Alcé el brazo y cogí el móvil viendo la cantidad inmensa de mensajes. No me da tiempo a leer alguno porque unos pasos débiles se escucharon a lo lejos de mi cuarto.

—¿Quién está ahí?— Mi voz salió temblorosa mientras alzaba el móvil iluminando aquella parte, pero lo único que vi fue mi escritorio. La lámpara que había encendido al llegar estaba apagada. Y todas las luces al parecer.

Me armé de valor para levantarme.

A todo esto... ¿qué fue ese grito?

Me acerqué a pasitos temblorosos a mi escritorio que yacía enfrente de la cama, pero no pude encender la lámpara.

Estaba rota la bombilla.

No lo estaba cuando la encendí anoche. El sonido de mi reloj de mesa me ponía nerviosa. *Tik-tak. Tik-tak.*

Me giré al escuchar crujidos de afuera de la habitación.

—*Hija, sal del cuarto.*

La voz dulce de mi madre canturreando me desconcertó. La puerta estaba enfrente mío y yo solo me alejaba.

—*Estoy esperando...*

Imposible, no puede ser ella. Di varios pasos sigilosos hacia atrás, chocando con mi ventana. Me giré y deslicé las cortinas. Abrí la ventana recibiendo el frío y la oscuridad de la noche.

Prefiero saltar que estar con...

Alcé el móvil aún con la linterna encendida al sonido procedente de una pelota rebotando y quedando a mis pies.

¿Qué...?

Me giré a mi izquierda hacia mi cama y alumbré bajo de esta y sonreí internamente.

Bingo.

Visualicé mi bate de madera al fondo, alcé el brazo para llegar hasta él pero no llegaba.

Pasos rápidos que se acercaban a mi cuarto me alertaron.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me tumbé en el suelo y me adentré bajo la cama. No era tan grande, pero mi cuerpo completo me daba para esconderme. La puerta se abrió de golpe cuando mi cuerpo se escondió por completo. Mi mano tocaba el bate, lo acerqué más a mi como si mi vida dependiera de ello y cerré fuertemente los ojos. Esperando lo peor.

Tik-tak Tik-tak.

Maldito reloj.

No había luz existente más que la de la luna pasar por mi ventana. Gracias a esa luz podía ver los pies de mi madre dar vueltas por el cuarto.

—Hija. Hija. Hija. Hija. Hija. Hija...

Ay no, no se callaba.

Tik-tak. Tik-tak.

Cómo desearía extirparme los oídos ahora mismo.

—Ven. Ven. Ven. Ven. Ven. Ven...

Mi mano seguía aferrada al bate. Los pasos cesaron al estar a centímetros mío, sus pies miraban a la cama, estando yo mirando al frente mientras que ella miraba a mi costado.

El sonido profundo que soltó por la garganta y el crujido como de huesos partiéndose en mil pedazos me aterraron por completo.

¿¡Qué mierda es eso?!

Siempre me dijeron que no hablase con mi madre si la escuchaba, ni una palabra.

Lo aprendí por las malas.

Abrí los ojos al no escuchar absolutamente nada, pero me arrepentí al segundo de ver una cabeza totalmente oscura por la nula luz presente, estaba asomada al borde de la cama, junto a sus pies... y a los míos.

El sonido profundo de su garganta me hizo reaccionar rápido. Sus dedos se posaron por el borde de la cama. Alcé como pude el pie y le di una patada a su cabeza haciendo que cayera al suelo.

Salí rápido junto a mi bate y la vi en el suelo. Esa no era mi madre. La figura larga y blanca llevaba impregnado un pantalón de ella, las zapatillas salieron volando al darle una patada.

Salí del cuarto lo más rápido que pude quedando sola en la oscuridad del pasillo, el suelo frío me congela los pies. Me acerqué al cuarto de mis padres, pero la puerta estaba rota, tenía una marca de arriba a abajo que me permitía ver el interior.

Y lo vi. Bueno, lo poco que podía por el cacho roto de la puerta y la poca luz.

La abrí como pude viendo un líquido oscuro esparcirse por el suelo lentamente. Le di al interruptor de al lado de la puerta pero no cedía, no dejaba la luz estática sino que parpadeaba.

Me giré a verlo, dejándome más impactada. Su piel yacía blanca como la nieve, sus ojos estaban abiertos de par en par, la carne viva sobresalía de su abdomen mostrando su interior.

Me tapé la boca para no soltar todo lo que había comido en el día. Una lágrima cayó pensando que era la siguiente.

Oh no, Nick...

Me giré demasiado rápido, ignorando el mareo que me dio, fui al cuarto de enfrente sin importar que me viera.

Abrí la puerta para ver a mi mellizo tumbado en la cama, la música electrónica a través de sus auriculares se escuchaba desde la puerta.

—¡Nick! —Cerré tras de mí y me abalancé buscando rastros de sangre pero no había. —¡Despierta, tú no te mueras!

Le quité los auriculares haciendo que se parase la música y le zarandee hasta que abrió los ojos, respiré aliviada dejando el bate a su lado.

—¿A ti qué te pasa? —Se alejó de mí rápido. —¿Blair...?

—Menos mal que estás vivo no sabes lo que acabo de ver en mi cuarto esa no era mamá y esa cosa mató a papá le quitó las tripas y...

—¿Blair...? —Dejé de hablar rápido para callarme. Toques en la puerta me dejaron muda.

Detrás mío.

Me giré lentamente, el terror se apoderaba de mi cada segundo que pasaba.

Los toques se volvieron insistentes.

—*Abrid la puerta...* —Mi voz se escuchó tras la puerta de forma clara. *No era yo.*

—¿Tu...? —Mi hermano me miró desconcertado.

—No soy yo, estoy aquí. —Miré al pelinegro esperando a que me crea y me giré a ver a la puerta cada segundo. —Me estoy volviendo loca.

—Ya somos dos.

Nos levantamos asustados. Se escuchaba una respiración entrecortada justo detrás de la puerta. Me acerqué a pasos lentos habiendo cogido el bate para darle al interruptor de al lado, la luz no cedía.

—Busca algo para alumbrar, corre. —Demandé viendo a mi hermano con los ojos bien abiertos mirando a la puerta, estaba estático y el terror se presenciaba.

Me acerqué a él para explicarle la situación.

—No sé qué es esa cosa, pero escuché a mamá y no era ella. —Me miró aún más asustado.

—No era ella por qué...

Lo empujé sin dejarle acabar hacia la ventana de nuestra derecha para abrirla y quedarnos en la luz. El frío nos caló por completo, aún llevando la ropa de ayer puesta, el frío me erizaba la piel.

—Tenemos dos opciones, quedarnos y luchar para que nos mate, o correr y que sea lo que dios quiera. —Ninguna de las opciones sonaba bien, de hecho, nos quedamos estáticos al escuchar el chirrido de la puerta abrirse y mi voz sonar.

—*¿Por qué no me abríais? No me gusta que no me hagan caso.*

Ni un milímetro me pude mover. Mi vista se quedó fija en la de mi hermano, él estaba mirando a esa cosa directamente.

—Blair, corre. —Me susurró como pudo y se movió lentamente hacia el marco de la ventana abierta. Se giró a verme cuando estaba casi medio cuerpo afuera.

—*¿Saltamos o...?*

—*¿Saltamos o...?* —esa cosa repitió lo mismo que él. ¡Lo mismo!

—Salta, salta salta. —Le dije rápido sin quitar vista de la figura larga y blanca, sus ojos huecos parecían no tener fondo. Escuché que Nick saltó, por lo que me acerqué lentamente al marco de la ventana.

—*Salta, salta, salta, salta.*

—*¡Cállate!* —Alcé el bate viendo como se acercaba lentamente. Sus pasos eran lentos imitando los míos mientras me acercaba más y más a la ventana, se quedó a unos metros cerca mío.

—*¡Cállate!* —Me gritó con mi tono de voz dejándome aún más aterrada. Alcé la pierna rápido pensando que no se acercaría pero me arrepentí al momento cuando sentí los dedos largos y fríos de esa figura en mi abdomen.

Esa cosa me clavó sus dedos afilados dentro de mi tan profundos que solté el bate junto un grito demasiado agudo. Mis manos fueron a sus muñecas delgadas e intenté sin éxito quitarlas.

—¡Joder! — Vi como la sangre salía de poco en poco hasta que quitó sus dedos, haciendo que el suelo se tiñera de rojo rápidamente. Me apoyé en el marco de la ventana ignorando los gritos de mi mellizo abajo y me di la vuelta como pude sentándome en el suelo mojado.

Lo ví demasiado cerca, veía claramente su cabeza deformada, no era humano, sus cuencas huecas junto a su hilera de dientes afilados y sucios me hicieron darme cuenta de que no iba a salir viva de esto.

Sentí el líquido metálico salir de mi boca mientras veía su mano acercarse a mi.

Apoyé mi cabeza en la pared, dándome con el borde de la ventana.

Ya la cagué, voy a morir aquí...

Vi como se aproximaban sus dedos a mi pecho lentamente, pude alzar mi mano y rodear su muñeca con la misma, pero siguió su camino. Traspasó el jersey blanco teñido de rojo, sentí sus uñas clavarse lentamente en mí mientras suelto un grito doloroso...

Abrí los ojos de par en par al sentirlo clavado en mi. La luz de la ventana iluminaba gran parte del cuarto. Mi mano fue directamente a mi pecho. Respiré profundamente al sentir mis latidos frenéticos.

¿Estoy viva...?

Me froté los ojos sin creerlo. Estoy en mi cuarto, en mi cama, no en el cuarto de mi hermano llena de sangre.

Bajé las escaleras a pasos lentos, escuchando un ruido de cubiertos resonar. Me dirigí a la sala al bajar, desde el umbral lo vi.

—Nick, no creerás el sueño que he tenido. —Me acerqué a mi hermano y me senté a su lado. Pausó la serie y me sonrió.

—A ver, esta vez que has soñado, hermanita.

—Nací segundos después que tú, guárdate lo de hermanita. —Sonrió alegremente, le comencé a contar todo. —...enserio, lo sentí en el pecho, cuando clavó sus manos afiladas, sentí hasta el tacto mismo.

—Estás loca. —Se llevó una cuchara de cereal a la boca y masticó mientras me miraba sin creerme.

El sonido de la puerta me sacó de la ensoñación.

—Luego te sigo contando. —Mi hermano asintió y siguió comiendo cereales de su cuenco. Salí del salón, pasando por el umbral de la entrada hasta llegar a la puerta. Volví a escuchar los toques. —Ya voy.

Me subí de puntillas para mirar por la mirilla. Un hombre con sombrero azul oscuro y camisa formal del mismo color miraba a su costado, movía la cabeza como si estuviera hablando con alguien, lo raro era que sólo hacía muecas.

Quitó los seguros y abrí la puerta.

—Carta para la señorita Blair Barly.

—Soy yo. —Sonreí al cartero, me alzó la carta y me sonrió, me inquieta cuando me sonrén de oreja a oreja, es demasiado incómodo.

—Nos vemos, buen día.

Me despedí acorde a él y cerré tras de mí para ir hacia la sala.

—*¿Quién era?!*

El grito de mi hermano me hizo sonreír, cotilla.

—El cartero. —rodeé los ojos caminando mientras abría el sobre blanco sin procedencia.

Saqué la carta del interior entrando en el salón. Me senté junto a Nick, dejé el sobre en la mesita del centro y abrí la carta, un papel doblado perfectamente por la mitad y con solo una frase me petrificó.

Giré como pude la cabeza lentamente hacía mi hermano, me estaba mirando desde hace rato. Sonreía de oreja a oreja sin mostrar los dientes, su cabeza estaba ligeramente inclinada, generando más terror dentro de mi.

Pero lo que más me petrificó fue lo que dijo.

Exactamente lo mismo que lo que ponía en el papel.

—*Cuidado con quien dejas entrar en tu casa.*